



Si Aristóteles hubiera guisado...

Liliana Iturrieta Olivares*

Sor Juana Inés de la Cruz (¿1648-1651? -1695), monja profesa en el convento de Santa Paula perteneciente a la orden de San Jerónimo de la Imperial Ciudad de México, escribió en 1691: “si Aristóteles hubiera guisado mucho más hubiera escrito”, por supuesto que a nosotros nos resulta insólita y hasta graciosa la ocurrencia, porque podemos imaginar a un filósofo griego bebiendo serenamente un vaso de cicuta, viviendo en un barril o cayendo a un pozo por ir mirando el cielo, pero no lo podemos imaginar cocinando, sin embargo, la monja mexicana lo usa en uno de los argumentos que esgrime en su defensa en la carta que dirige el 1 de marzo de 1691 al Obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz, importante prelado, afamado teólogo y, además, sensor del Santo Oficio, que paradójicamente adopta el seudónimo de una religiosa, Sor Filotea, para dirigirse a sor Juana; no están del todo claros los móviles de tan ilustre varón que no solo publicó un escrito de la monja a sus expensas, sino que además tituló lo que sor Juana había llamado simplemente *Crisis del Sermón*, con el ostentoso título de *Carta Atenágorica*, es decir digna de la sabiduría de Atenea, pero junto con ella publica el obispo una dura carta de reconvención a la jerónima que no pudo menos que llenarla de miedo. Así eran las cosas en el Barroco novohispano, ambivalentes, ambiguas y peligrosas, vemos, sin embargo, cómo el discurso permite la inversión de roles entre sus clarososcuros pliegues, cosa inaudita y a veces hasta incomprensibles para nosotros en un mundo dominado por la misoginia más radical, tan distinto del nuestro en donde pareciera que los roles tienden a equipararse cada vez más, donde las mujeres, sin tapujos y sin limitaciones llenan las calles reivindicando y exigiendo derechos impensados es una época en sólo cabía un destino a la condición femenina: el convento o el matrimonio.

Pero sor Juana quería justificar su insaciable ansia de saber y aun en la cocina aprendía, y mucho, cuando se le prohibían los libros y la pluma, era una época en que cualquier pequeño descubrimiento marcaba un hito y llenaba de satisfacción, hoy sin embargo, bastaría abrir Google para saber por qué un huevo se une en aceite o grasa y se disgrega en almíbar, pero claro ya no nos interesa porque las mujeres no nacimos para la cocina, y sor Juana tampoco, pero era curiosa, inquieta y perspicaz, por eso pone al filósofo griego en un rol impensado, porque lo percibe incompleto, falto de la mitad de la experiencia humana: la femenina, que para ella no era tal, porque creía en que el alma no tiene sexo, por lo tanto, el conocimiento tampoco, siglos después el feminismo ha llegado a la misma conclusión con argumentos y conocimientos distintos, las formas de decir han cambiado, pero el espíritu que guía los reclamos femeninos no.

Seguramente si Aristóteles hubiese guisado, hoy parecería a nuestros ojos menos misógino, pero no lo hizo, y esa es la gran oportunidad de nuestro siglo, cambiar la concepción androcéntrica del mundo, pero mirando hacia el futuro sin olvidar el pasado, aprendiendo de los errores cometidos y desgastando una causa noble con discusiones vacuas y menos si ya han mostrado su inviabilidad. Es de esperar que sea el discurso y no el lenguaje el que modifique nuestra percepción de la realidad, porque ese es el que está usando el sistema para incorporar la causa en su beneficio, la posverdad es el verdadero enemigo y no lo vemos con claridad porque ese es su objetivo. Sor Juana vio claramente, pese a todos los subterfugios,



UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO
DE CHILE

el peligro, pero nosotras pese a toda la información de que disponemos, o quizás por eso mismo, no vemos más allá de nuestro inmediato acontecer, porque de eso se trata, de embotarnos con falacias para que sigamos siendo útiles.

* Estudiante de Literatura. Universidad Buenos Aires. Argentina.